

todos al otro lado del Oñá, corriéndose hacia el campo enemigo... Pues como te iba contando, vino después de la noche el día, y después del día otra noche, y luego amaneció el día de hoy y nosotros sin comer. Se me olvidaba contarte que oímos caer la bomba en nuestra casa, y yo dije: «Ahí me las den todas. Si ha cogido á Nomdedeu, bien empleado le está por bruto...» Amigo, desde el tejado nos asomábamos á los patios de todas las casas de por aquí; llamábamos á la gente para que nos socorriera; pero no nos hacían caso. Verdad es que muchos de los que veíamos abajo estaban muertos. Mis amigos se acobardaron ¡pobrecitos! como unos gallinas, y Sisó dijo que se iba á comer una de sus manos. Yo les llevé á la biblioteca, dándoles permiso para que sacaran el vientre de mal año con los libros, y así fueron tirando algunos. ¡Qué día, qué noche, Andrés! Mi hermana no nos respondía cuando la llamábamos, y Manalet me dijo: «Hermano, yo me voy á tirar del tejado á la calle para traer algo de comida á Siseta...» Estuvimos mirando las rejas y los balcones para ver si podía saltar, y, por fin, Manalet se fué escurriendo, no sé cómo, sentando los pies en los clavos, y las manos en las rejas, y bajó á la calle por junto á la plaza. Yo bajé también por donde me viste, y con esto te digo todo, porque ya no hay nada más que contar.

—Bien, Badoret; veo que acertaste en trasladar aquí á tu hermana, pues aunque no me parezca cierto, como dijiste, que D. Pablo quisiera merendarse á tu familia, ese es un hom-

bre á quien la desgracia de su hija exalta y enfurece, y capaz es de cometer cualquier atrocidad. Ahora, gracias á Dios, estamos libres de tales horrores, porque el sitio ha concluído, y hay en Gerona víveres abundantes.»

Al caer de la tarde, Siseta, sus dos hermanos y los camaradas de éstos que habían escapado á la muerte, no ofrecían cuidado. Al día siguiente trasladé á mis amiguitos á una casa de la calle de la Barca, donde nos dieron asilo.

### XXIII

Yo no tardé en reponerme, y transcurridos pocos días me presenté á mi amo D. Francisco Satué, quien me dió una malísima noticia.

«Disponte para el viaje, —me dijo, dándome uniforme, tahalí y espada, para que en todo ello comenzase á ejercitar mis altas funciones.

—¿Pues á dónde vamos, mi capitán?

—A Francia, bruto —me respondió con su habitual rudeza. —¿No sabes que somos prisioneros de guerra? ¿Crees que nos dejan aquí para muestra?

—Señor, yo creí que nadie se metería ya con nosotros.

—Estamos en Gerona como enfermos; pero quieren que vayamos á convalecer á Perpiñán. Nos detienen tan sólo porque el Gobernador

no se halla en situación de poder ser llevado en un carro de municiones.

—¡Ojalá no lo estuviera en cien meses!

—Bárbaro, ¿qué dices?—gritó amenazándome.

—No, mi capitán; no es que yo desee otra cosa que la salud de nuestro queridísimo Gobernador D. Mariano Alvarez de Castro; pero eso de llevarle á uno á Perpignan es casi tan malo como lo que hemos pasado. Pero pues así lo mandan los que pueden más que nosotros, sea, y por mí no ha de quedar. No á Perpignan, sino al fin del mundo iré con mis jefes, mayormente si llevamos entre nosotros al gran Gobernador.»

Yo hablaba así, echándomelas de bravo; pero en realidad sentía profunda pena al caer en la cuenta de que era un prisionero de guerra, de cuya libertad y residencia los franceses disponían á su antojo. ¡Desgraciado el que en la guerra pone su afición en lugares y personas que no han de poder seguir tras él en los frecuentes é inesperados viajes á que impulsan la victoria ó la desdicha!

Cuando volví al lado de Siseta, casi derramando lágrimas me expresé así:

«Prenda mía, ¿ves cuán desgraciado soy?... Ahora me llevan á Francia como prisionero de guerra, con todos los demás militares que estamos aquí, desde D. Mariano hasta el último rancharo. ¡Si te pudiera llevar conmigo, Siseta!... Pero mi capitán, el Sr. D. Francisco Satué, es el primer perseguidor de muchachas que hay en toda Cataluña, y le tengo miedo.

Ahora me ocurre, Siseta, que mientras yo tomo el camino de esa condenada Francia, á quien vería de buena gana comida de lobos, tú con tus dos hermanos debes marcharte á la Almunia de Doña Godina, donde está mi madre, y esperarme allí, cuidándome las haciendas, hasta que me suelten, ó Dios disponga de la vida de este pecador.»

Siseta me contestó dándome esperanza, y asegurando que convenía aguardar con serenidad el cumplimiento de nuestro destino, sin desconfiar de la bienhechora Providencia. Convinimos al fin en que no era una gran desventura que yo fuese á Francia, y por su parte halló muy prudente refugiarse en la Almunia, mientras yo volvía. La verdadera dificultad era la absoluta carencia de medios para vivir dentro de Gerona, lo mismo que para ausentarse. Eramos pobres hasta el último grado, y después de pasar tantos y tan penosos trabajos, Siseta y sus hermanos estaban destinados á sostenerse de la caridad pública. Pero Dios no abandona á las criaturas desvalidas, y he aquí cómo vino en nuestra ayuda por inesperados caminos. ¿De qué manera? ¿Cuándo? Esto los mismos acontecimientos que voy contando os lo dirán.

Pero déjenme acudir á casa del Sr. D. Pablo Nomdedeu, de cuya salud me han dado muy malas noticias al volver de casa del talarbartero, á donde llevé el tahalí de mi amo para que le echase una pieza. Déjenme ir allá, que á pesar de las cuestiones desagradables que tuvimos, no deja de ser el Sr. D. Pablo un en-

trañable amigo mío, á quien quiero de todas veras. Lo malo es que no puedo ir tan pronto como deseara, porque en la calle de Cort-Real, la mucha gente que allí se junta en animados corrillos, me detiene el paso. ¿Qué ocurre? ¿Tenemos un cuarto sitio? No es nada: parece que los franceses, cansados de haber cumplido hasta ayer de mala gana las principales cláusulas de la capitulación, han acordado solemnemente romperlas. Así me lo dijo el Padre Rull, á quien ví muy sofocado entre el gentío, refiriendo con énfasis declamatorio los pormenores del suceso.

«Esto es una desvergüenza—decía,—y un Emperador que tales cosas hace es un pillo... nada, un pillo. ¿Qué me importa que oigan los franceses? No bajaré la voz, no, señores. Lo dicho, dicho. En la capitulación se acordó que los regulares serían respetados, y ahora salimos con que nos llevan á Francia. ¿Pues qué, las órdenes son cosas de juego? ¿Somos chicos de escuela, para que hoy se nos diga una cosa y mañana otra?

—También yo voy á Francia, Padre Rull—le dije,—y consolémonos uno con otro, que frailes y soldados hacen buena miga, y la carga se lleva mejor en dos hombros que en uno.

—Nada, hijos míos: iremos á donde nos lleven, y soportaremos sus crueldades con paciencia, como nos lo manda Nuestro Señor Jesucristo. Si así lo habéis querido vosotros, ¿qué se ha de hacer? Ved aquí las consecuencias de capitular cuando todavía podía haberse tirado

una temporadita más, comiendo lo que había. A Francia, pues, y fuese usted de palabras de *cerdos*. Nosotros confiábamos ingenuamente en el cumplimiento de lo pactado, cuando viérais aquí que esta mañana se presenta en la santa casa un oficialejo, el cual, con voces torpes y destempladas, dijo que nos preparásemos para tomar mañana el caminito de Francia, porque S. M. el Emperador lo había dispuesto así desde París. Por lo visto, nos temen tanto como á los soldados. Y díganme ustedes ahora: ¿qué va á ser de Gerona sin frailes?»

Cada uno contestaba al Padre Rull según sus ideas, cuál con enojo, cuál festivamente; pero al fin todos los que le oíamos convinimos en que lo del viaje era una grandísima picardía de S. M. el Emperador de los franceses. Cuando me retiré de allí, quedaba el buen fraile sermoneando á sus amigos sobre la preeminencia que siempre alcanzaron las Ordenes religiosas en los tratados de las naciones.

Llegué á casa del Sr. Nomdedeu, y desde mi entrada conocí que la salud del buen médico no debía de ser buena, por las señales de consternación que noté en el semblante de Josefina lo mismo que en el de la señora Sumta. Esta me dijo:

«Andresillo, no hables al amo de Siseta ni de los chicos; porque siempre que se le nombran, le da como un desmayo.»

Josefina me preguntó por los míos, y al instante le comuniqué con la alegría de mis ojos el infeliz encuentro de mi novia y sus hermanas.

«Todos se salvan, menos mi buen padre,» dijo tristemente la joven.

Al instante entré á ver al enfermo, quien me recibió con su habitual bondad. Junto á su lecho estaba un hombre en quien reconocí á uno de los escribanos de Gerona.

Indudablemente D. Pablo iba á hacer testamento. Su aspecto y figura no podían ser más tristes; al punto se echaba de ver que aquella lámpara tenía ya muy poco aceite. La postrimera luz brillaba, sí, como próxima á extinguirse, con viva claridad, y la irregular llama, tan pronto grande como chica, espantaba con sus oscilaciones deslumbradoras. Unas veces el espíritu del buen doctor se empequeñecía con extraordinario aplanamiento; otras se agrandaba, tomando proporciones superiores á las de la vida común; y con este variar angustioso, síntoma de todo fuego que se apaga luchando entre la combustión y la muerte, la lengua del médico pasaba de un mutismo invencible á una locuacidad mareante.

Cuando entré, respondió á mis preguntas con monoslabos, que salían difícilmente de su sofocado pecho; pero al poco rato se fué despabilando, y á ninguno de los presentes nos dejaba meter baza: él se lo decía todo sin mostrarse cansado.

«¿Con que aseguras tú que no moriré? Ilusión, amigo mío; ilusión de tu buen deseo. Dios me ha leído ya la sentencia, y en esto no hay ni puede haber duda alguna. Yo cumplí mi misión; ahora estoy de más.

—¡Señor, anímese con mil demonios!—ex-

clamé fingiendo entusiasmarme.—Pues qué, ¿ahora que Gerona está libre de hambres y muertes, se ha de ir el hombre mejor de toda la ciudad? Levántese de esa cama y vamos por ahí á ver las murallas rotas, los fuertes deshechos, las casas arruinadas, testigos de tanto heroísmo. Fuera pereza. Eso no es más que pereza, D. Pablo.

—Pereza es, sí; pero la pereza última y definitiva, la del viajero que, habiendo andado toda la jornada, se arroja sin aliento en el camino, convencido que no puede más. Pereza es, sí, la mejor de todas, porque lleva al más dulce, al más placentero de los sueños: la muerte. ¡Ay, qué postrado me siento! Pues qué, ¿era posible que después de tan colosales esfuerzos en lo físico y en lo moral, siguiese yo viviendo? No una vida como la mía, sino cien robustas y vigorosas habríanse consumido en esta lucha con la naturaleza que yo sostuve durante tanto tiempo; porque decirte, Andrés, el sinnúmero de dificultades que vení, sería el cuento de nunca acabar. Baste referirte que, en pocos días, busqué, fomenté y desarrollé en mí cualidades que no tenía; en pocos días, transformado hasta lo sumo, encontréme con sentimientos y pasiones que antes no tenía, y todo fué como si una serie de hombres diversos se desarrollaran dentro de mí propio. Yo estoy asombrado de lo que hice, y ahora comprendo qué inmenso tesoro de recursos tiene el hombre en sí, si sabe explotarlo. Al fin, Andrés, mi pobre hija alargó sus días hasta el fin del cerco, y cuando los sanos

y robustos sucumbieron, ella, enferma y endeble, se ha salvado. He aquí premiados dignamente mi amorosa solicitud y mis colosales esfuerzos. Esta tierna niña, que es todo mi amor, está hoy delante de mí alegrando mi vista y mi alma con el color de sus mejillas. Basta este espectáculo á consolarme de todas mis penas, y si me entristece la muerte es porque mi hija y yo nos separamos ahora. Dios lo permite así, porque ya ella no necesita de mis constantes cuidados, y la savia vital que milagrosamente ha adquirido le dará bríos para subsistir por sí sola, sin el apoyo de estas manos fatigadas, que reclama la tierra, ansiosa de carne.

—Sr. D. Pablo—le dije dominando mi melancolía,—deseche usted esos tristes pensamientos, que son la primera y única causa de su mal; mande a la señora Sumta que traiga y aderece un par de chuletas, que ya las hay buenas en Gerona, sin ser de gato ni de ratón, y cómaselas en paz y en gracia de Dios, con lo cual, ó mucho me engaño, ó no habrá muerte que le entre en largos años.

—Esto no va con chuletas, amigo Andrés. Mi cuerpo rechaza todo alimento, y no quiere más que morirse. Está echando á voces el alma, increpándola para que se vaya fuera de una vez.

—Más consumidos y extenuados estaban otros, y sin embargo han vivido, y por ahí andan hechos unos robles. Y si no, ahí tenemos el ejemplo de Siseta, á quien dimos todos por muerta, y viva y sana está, gracias á Dios.

—¿Vive Siseta?—preguntó Nomdedeu con profundo interés y cierta exaltación que no pudo disimular.

—Sí, señor: tan viva está como sus dos hermanos.

—¿Estás seguro de ello?

—Segurísimo.

—¿Y no tiene heridas en su cuerpo gentil, ni golpes en su cabeza, ni rasguños en su piel, ni le falta brazo, pierna, dedo ú otra parte alguna de su estimable persona?

—No, señor: nada le falta—repuse jovialmente,—ó al menos no tengo yo noticia de ello.

—¿Y los muchachos, aquellos juguetones y traviesos rapaces, están vivos y sanos?

—También, señor doctor, y todos muy deseosos de venir á ofrecer á usted sus respetos con la cortesía que les es propia, saltando y chillando.

—¡Oh, loado sea Dios!» exclamó con cierto arrobamiento contemplativo el infortunado doctor.

Dicho esto, permaneció un rato meditando ú orando, que ambas funciones podían deducirse de su recogida y silenciosa actitud, y luego, reposadamente, me habló así:

«Me has proporcionado indecible consuelo al darme noticias tan lisonjeras de la familia del Sr. Mongat, porque me atormentaba la sospecha y recelo, la terrible certidumbre de que yo había ocasionado un gran mal á esos muchachos y á su bondadosa hermanita, cuando después del lamentable accidente del pedazo de azúcar, entré en casa de Siseta. Mi hija iba

á morir de inanición. Yo pedía á la señora Sumta que nos diera algo que comer, y la señora Sumta no nos daba nada. Yo pedía á Dios que enviase algo del cielo, y Dios tampoco quería enviarme nada. Siseta estaba allí; sus hermanos entraron haciendo ruido, y la insolente vitalidad que revelaban sus ágiles cuerpos despertó en mi alma un sentimiento que no te podré pintar, aunque por espacio de cien años te hable y agote todos los recursos de todas las lenguas conocidas. No: aquel sentimiento es una anomalía horrorosa en el sér humano, y sólo es posible que exista durante cortísimos intervalos en días que muy rara vez contará el tiempo en su infinita marcha. Yo miraba á los chicos, yo miraba á su hermana, y sentía un insaciable y sofocante anhelo de hacerlos desaparecer de entre los seres vivientes. ¿Por qué, amigo mío? Esto sí que no sabré decírtelo, porque yo mismo no lo entiendo. No creas que conturbaba mi cerebro el repugnante instinto de la antropofagia: no, no es nada de eso. Era un sentimiento del linaje de la envidia, Andrés; pero mucho, muchísimo más fuerte: era el egoísmo llevado al extremo de preferir la conservación propia á la existencia de todo el resto de la humana familia; era una aspiración brutal á aislarme en el centro del planeta devastado, arrojando á todos los demás seres al abismo, para quedarme solo con mi hija; era un vivísimo deseo de cortar todas las manos que quisieran asirse á la tabla en que los dos flotábamos sobre las embravecidas olas. Pintar todo lo que yo odié en aquel momento

á los dos hermanos y á la pobre muchacha, sería más difícil que pintarte los horrores del infierno, abrazando lo grande y lo pequeño, el conjunto y los pormenores de la mansión donde el hombre impenitente expía sus culpas. Cada inhalación de su aliento al respirar, me parecía un robo; cada átomo de aire que entraba en sus pulmones, un tesoro arrancado al conjunto de elementos vitales que yo quería reunir en torno mío y de mi hija. Los malditos se repartían un pedazo de pan, un pedacito de pan, Andrés, amasado con todo el trigo y con toda el agua de la creación, para mi regalo. En aquella crisis del egoísmo, yo no comprendía que el Universo, con sus mil mundos, con sus inagotables recursos y prodigios, existiese para nadie más que para Josefina y para mí.»

Detúvose el doctor fatigado, y yo, queriendo apartar de su mente ideas que le hacían más daño que el mal físico, le dije:

«Mande usted á paseo, Sr. D. Pablo, esas vanas imaginaciones que le están secando el cerebro. Siseta y sus hermanos están buenos, amigo, y yo le aseguro á usted que no se los ha comido. ¿A qué pensar más en eso?

—Calla, Andrés, y déjame seguir—dijo reposadamente.—No son vanas imaginaciones lo que cuento, pues lo que yo sentía real existencia tenía dentro de mí. Me falta decirte que reconocí la horrible metamorfosis de mi espíritu, pues no puedo darle otro nombre, y me decía: «No, yo no soy yo. Dios mío, ¿por qué has consentido que yo sea otro?» Efectivamen-

te, yo no era yo. ¡Qué horrosas lobregues rodeaban los ojos de mi espíritu, así como los de mi cuerpo... Aquellos condenados chicos estaban comiendo, Andrés; llevaban á la boca unos pedazos de pan, y delante de mí tenían la audacia de ofrecer una parte á su hermana. ¡Cómo quieres tú que esto viera impasiblemente quien dentro tenía, difundidos por su sangre y haciendo cabriolas en las sutiles cuerdas de sus nervios, los millares de demonios que yo llevaba conmigo! Al ver cómo mordían con sus insolentes dienteillos; al verles tragar con tanta desvergüenza, duplicóse en mí el furor contra ellos y les increpé, diciéndoles no estar dispuesto á consentir que nadie viviese delante de mí. Andrés, amigo; Andrés de mi corazón, yo tomé un cuchillo y lo esgrima, como quien intenta matar moscas á estocadas; corría hacia ellos, corría hacia Siseta y la señora Sumta; pero en mi salvaje insensatez no me faltaba un pensamiento humano que me detuviese en los arranques brutales de aquel desbordado apetito de matar. Los chicos, que de improviso salieron, regresaron con otros de su edad, y sus chillidos y provocativas risas me enardecieron más. Desde entonces mis ojos nublados no vieron más que sangrientos objetos; entróme un delirio salvaje, durante el cual sentía detestable complacencia en herir acaso en el vacío, descargando golpes á todos lados contra cuerpos que me rodeaban y azuzaban sin cesar. Creo que después de dar vueltas por la casa, salté á la calle, y mi brazo vengativo iba destruyendo en imaginarios cuer-

pos á toda la familia humana. Hablaba mil inconexos desatinos; contemplaba con gozo á los que creía mis víctimas; buscaba la soledad, insultando á cuantos se me ofrecían al paso; pero la soledad no llegaba nunca, pues de cada víctima surgían nuevos cuerpos vivos que me disputaban el aire respirable, la luz y cuantos tesoros de vida hermosean y enriquecen el vasto mundo... No sé qué habría sido de mí si unos frailes no me hubieran sujetado en la calle de Ciudadanos, llevándome á cuestras largo trecho. ¡Ay, amigo mío! En mi cerebro, que era una masa de bullidoras burbujas, cual si hirviera puesto al fuego, retumbaron estas palabras: «Es lástima que el Sr. Nomedeu se haya vuelto loco.» Y al recoger esta idea, mi alma pareció disponerse á recobrar su perdido asiento. Luego los frailes dijeron: «Démosle un poco de estas lonjas de cuero de sillón que hemos cocido, á ver si se repone...» Les pregunté por mi hija, y respondieronme que no tenían noticia de las hijas de nadie. Encontréme con un poco de fuerza regular, no exaltada y anómala como la que me había impulsado á tantos disparates, y quise marchar á mi casa... Caí al suelo... perdí el cuchillo... una monja me ofreció su brazo y llegué á mi casa. Ni Siseta, ni sus hermanos, ni Josefina, ni la señora Sumta estaban ya allí. Las monjas me dieron un poco de corcho frito, que no pude comer, y les pregunté por mi hija. Todo lo que había pasado se me presentó como los recuerdos de un sueño; pero aunque adquirí el convencimiento de no haber extinguido to-

do el linaje de los nacidos, no estaba seguro de la invulnerabilidad de mis ciegos golpes. «Yo he matado algo,» me dije para mí; y esta idea me causaba hondísima pena. Me reconocía como yo mismo exclamando: «Pablo Nomdedeu, ¿fuiste tú quien tal hizo?»

—Basta ya, amigo mío— dije interrumpiéndole, al advertir que los recuerdos de sus locuras empeoraban al buen doctor. —Más adelante nos contará usted tan curiosas novedades. Ahora procure descabezar un sueño, entre tanto que la señora Sumta adereza las chuletas consabidas.

—Calla, Andrés, y no quieras gobernar en mí—repuso.—Yo dormí cuando lo tenga por conveniente. Déjame concluir, que ya no falta mucho. Los enfermeros del hospital fueron los que me proporcionaron algún alimento que se podía comer, con lo cual me encontré relativamente bien, y pude salir en busca de mi hija. Ya sabes cómo la encontré al fin, y lo que le aconteció. Por mi parte, hijo, yo mismo, después de la horrorosa crisis que había pasado, me espantaba de verme asistiendo enfermos que sin duda lo estaban menos que yo, y heridos que no tenían llagas tan terribles en su cuerpo como la que yo tenía en el alma. ¡A!, Andrés! Nomdedeu estaba herido de muerte. Las penas sufridas con tanta paciencia desde Mayo, me han labrado este profundo mal que ahora siento y que me llevará dentro de poco al seno de Dios. Me admiro de haber resistido tanto, y digo que tuve fuerza de cien hombres. No, uno sólo es incapaz de tanto.

D. Mariano Alvarez tenía para resistir el estímulo de la gloria y del agradecimiento patrio; yo no he tenido ante mí sino espectáculos lastimosos y un porvenir obscuro. El esfuerzo ha sido grande; la tensión, inmensa: por eso la cuerda se ha roto, y me voy, me voy, hija mía, Andrés, señora Sumta y demás presentes. Bastante he hecho. El que crea haber hecho más, que levante el dedo.»

Josefina y la señora Sumta lloraban, y yo, cuando el enfermo calló, procuraba consolarle con tiernas palabras. Poco más tarde fueron á verle Siseta y sus hermanos, con cuya visita pareció muy complacido el enfermo, y á todos prodigó cariños y congratulaciones, obsequiándoles con una excelente comida. Después se durmió, y al caer de la noche, hora en que por encargo suyo volvió el escribano acompañado de tres personas de la intimidad de D. Pablo, éste nos llamó á todos diciendo que iba á dictar su testamento, el cual hizo en regla, nombrando por heredera de casi todos sus bienes á su hija Josefina, con una cláusula, sobre la cual debo llamar á ustedes la atención, para que conozcan la generosidad de aquel ejemplar sujeto. Además de que el doctor dejaba á Siseta y sus hermanos los veinticuatro alcornoques que tenía en la parte de Olot, dispuso que en caso de morir sin sucesión la señorita Josefina, pasase el total de los bienes á Siseta y sus hermanos, recomendando á aquella y á ésta que viviesen juntas para perpetuar la amistad y buenos servicios de que la infeliz enferma había sido objeto por

parte de los míos durante el sitio. La fortuna del doctor era harto exigua, pues la finca de Castellá, devastada por los franceses, valía bien poco, y lo demás consistía en diversos grupos de alcornoques diseminados por la comarca ampurdanesa y en sitios á los cuales los herederos no se aventurarían á emprender viaje por saber el corcho de que eran dueños. También á mí y á la señora Sumta nos dejó varias mandas, aunque la mía más era honorífica que de provecho, por consistir en el Diario de las peripecias del sitio, redactado de puño y letra por el mismo doctor. El ama de gobierno pescó todos los muebles y ropas que de la casa pudieron salvarse.

Luego que el testamento fué hecho, administraron al enfermo el Santo Viático, y cumplida esta ceremonia, quedóse Nomdedeu muy postrado, hablando poco y con dificultad, mirándonos á ratos con estúpido asombro y cerrando después los ojos para entregarse á un inquieto sueño. Exceptuando Manalet, que se durmió en el suelo, todos velamos, dispuestos á asistirle con la mayor solicitud y esmero: pero el infeliz D. Pablo no necesitó largo tiempo de nuestra asistencia. Cerca de la madrugada abrió los ojos, llamó á su hija, y abrazándola tiernamente, le habló así:

«¿Te quedas tú, hija mía? ¿Te quedas aquí cuando yo me voy? ¿De modo que no te veré más? Entonces toda la eternidad será infierno para mí... Josefina, ven, sígueme, ponte el manto, que nos vamos. Mi hija no se apartará de mí ni un solo momento... Después de

pasar juntos las grandes penas, ¿hemos de separarnos cuando todo ha concluído? No, Josefina. Vámonos juntos, ó nos quedaremos aquí, en Castellá. Paseemos por nuestra huerta viendo cómo van saliendo los pepinos, y no nos cuidemos de lo que pasa en Gerona. Mira qué tomates, hija, y observa cómo van tomando color esos pimientos... ¿Ves? Por ahí viene la señora Pintada pavoneándose con sus diez y ocho pollos: entre ellos hay seis patitos, que son los más guapos, los más salados y los más monos de todos. Llegan al estanque, y sin que la madre pueda impedirlo con cacareadas amonestaciones... ¡zas! al agua todos. Mira cómo se asusta la señora Pintada y los llama. Pero ellos... sí, que si quieres... Hija mía, los perales no pueden con más peras: algunas están maduras. ¿Pues y los melocotones? Me parece que la cabra ha mordido en las matas de estas remolachas... ¡pero quiá! ¡si es Dioscórides, el burro de nostramo Mansió! Míralo, allí está haciendo de las suyas. ¡Eh, fuera! Le llamo Dioscórides por lo grave y sesudo. El gran sabio de la antigüedad me perdone... ¿Has visto las palomas, Josefina? Veamos si anoche se han comido las ratas algunos huevos de los que aquéllas están sacando... ¡Eh, nostramo Mansió, que Dioscórides se come la huerta! Amárrelo usted... El pobre hortelano no me oye... ¿Qué ha de oír si está limpiándole las babas á su nieta? Ven acá, Pauleta: toma la mano de Josefina, y vamos á ordeñar la vaca. ¡Qué hermoso está el ternerillo! No acercarse mucho, que el otro día dió una cornada á nostramo...

A ver, Josefina: trae el cántaro. Mansió dice que yo no sé hacer esta maniobra, y yo le desaffo á él y á todos los nostramos de la comarca á que hagan mejor que yo esta operación del ordeñar. No temas, Esmeralda, no te hago daño: pisch, pisch... Esta atmósfera del establo te sienta muy bien, hija, y á mí me agrada en extremo... Ya viene tranquila, dulce, grave, amorosa y callada la incomparable noche, en cuyo seno tan bien reposa mi alma. ¿Oyes las ranas, que empiezan á saludarse diciéndose: *¿Cómo estáis? Bien, ¡y vos?* ¿Oyes los grillos disputando esta noche sobre el mismo tema de anoche? ¿Oyes el misterioso dislabo del cuco, que parece la imagen musical más perfecta de la serenidad del espíritu? Ya vienen los labradores del trabajo. ¡Con qué gusto alargan los bueyes su hocico adivinando la proximidad del establo! Oye los cantos de esos gañanes y de esos chicos, que vuelven hambrientos á la cabaña. Ahí los tienes. Mira cómo rodean á la abuela, que ya ha puesto el puchero á la lumbre. El humo de los techos, formando esbeltas columnas sobre el cielo azul, discurre luego, y vaporosamente se extiende á impulsos del suave viento que viene de la montaña á jugar en las copas de estos verdes olmos, de estas obscuras encinas, de estos lánguidos sauces, de estos flacos chopos, cuyas charoladas hojas brillan con las últimas luces de la tarde... La obscuridad avanza poco á poco, y el cielo profundo ofrece sobre nuestras cabezas un tranquilo mar al revés, por cuyo diáfano cristal en vano tratamos de lanzar la vis-

ta para distinguir el fondo. ¡Oh! quedémonos aquí, hija mía, y no nos separemos ni salgamos más de este lugar delicioso. Todo está tranquilo: los cencerros de las ovejas suenan con grave música á lo lejos; el cuco, el grillo y la rana no han acabado aún de poner en claro la cuestión que les tiene tan declamadores. El viento cesa también, cierra los ojos, extiende los brazos y se duerme. Ya no humean los techos; Esmeralda se echa sobre la fresca yerba, y su hijo, abrigándose junto á ella, hociquea buscando en el seno materno lo que nosotros hemos dejado. Nostramo Mansió duerme también, y Dioscórides, escondiendo el ojo brillante bajo la negra ceja, sumerge el cerebro en profundo sopor. Las palomas han dejado de arrullarse, los conejos se esconden en sus guaridas, meten los pajaros bajo el ala la inteligente cabeza, y la señora Pintada se retira pausadamente al corral con sus diez y ocho hijos, incluso los patos, que van dejando en el suelo la huella de sus palmas mojadas. El mundo reposa, hija; reposemos nosotros también. El cielo está obscuro. Todo está obscuro y no se ve nada. Mi espíritu y el tuyo anhelaban há tiempo esta profunda tranquilidad por nadie ni por nada turbada. Reposemos; no hay sol ni luna en el cielo, y sólo el lucero nos envía una luz que viene recta hasta nosotros como un hilo de plata. Míralo, Josefina, y descansa tu frente en mi hombro. Yo reposaré mi cabeza sobre la tuya, y así nos dormiremos apoyados el uno en el otro. Todo ha callado y no se ve más que el lucero... ¿Lo ves?

Después de esto, nada más dijo en este mundo el Sr. Nomdedeu.

Algún tiempo después de espirar, nos costó gran trabajo desasir de los brazos helados del doctor á su desconsolada hija, cuyo estado era tan lastimoso que daba ocasión á augurar una segunda catástrofe.

## XXIV

Adiós, señores; me voy á Francia, me llevan. Los sucesos que he referido habíanme hecho olvidar que era prisionero de guerra, como los demás defensores de la plaza, y era forzoso partir. Solamente en razón de mi enfermedad me fué permitido, como á otros muchos, el permanecer allí desde el 10 hasta el 21, de modo que con el mal acababa la dulce libertad.

Adiós, señores; me voy, adiós, pues tanta prisa me daba aquella canalla, que no digo para despedirme de mis caros oyentes, pero ni aun para abrazar á Siseta y sus hermanos me alcanzaba el breve tiempo de que disponía. Notificada la marcha, nos señalaron hora, nos recogieron, y haciéndonos formar en fila, camina que caminarás, á Francia. Los castigos impuestos por contravenir el programa de circunspección que nos habían recomendado, eran: la pena de muerte para el co-

nato de fuga; cincuenta palos por hablar mal de José Botellas, cantar el *dígame tú, Girona*, ó nombrar á D. Mariano Alvarez.—Adiós, Siseta; adiós, Badoret y Manalet, cara esposa y hermanitos míos. Cuidado con lo que os he advertido. El prisionero os escribirá desde Francia, si antes no logra burlar la vigilancia de sus crueles carceleros. Adiós. No os mováis de aquí, mientras yo no os lo mande, ni penséis por ahora en tomar posesión de vuestros alcornoques, que eso y mucho más se hará más adelante. Acompañad á la desgraciada hija del gran D. Pablo, y alegrad sus tristes horas. Adiós: dad otro abrazo á Andrés Marijuán, á quien llevan preso á Francia por haber defendido la patria. Tengo confianza en Dios, y el corazón me dice que no he de dejar los huesos en la tierra de los *cerdos*. Ánimo: no lloréis, que el que ha escapado de las balas, también escapará de las prisiones, y, sobre todo, no es de personas valerosas el lagrimear tanto por un viaje de pocos días. Salud es lo que importa, que libertad... ella sola se viene por sus pasos contados, sin que nadie lo pueda impedir. Adiós, adiós.»

Así les hablaba yo al despedirme, y por cierto que carecía completamente del ánimo y entereza que á los demás recomendaba, faltándome poco para dar al traste con mi seriedad; pero convenía en aquella ocasión blasonar de hombre de hierro. Mi gravedad era ficticia, y no hay heroísmo más difícil que aquél que yo intentaba al despedirme de Siseta y sus hermanos. La verdad es que tenía el corazón oprimi-